

*De la ciudad letrada a la ciudad
hipertextualizada:
notas sobre la resistencia de la memoria*

Álvaro Bisama

Universidad de Chile y Universidad de Playa Ancha

1. LETRA MUERTA

En el presente trabajo queremos ocuparnos de las relaciones que permiten el desplazamiento del paradigma de la ciudad letrada hacia la que podría ser su última actualización: *la ciudad hipertextualizada*. Eso, porque es interesante pensar que las formas de relación que fijan el espacio de la ciudad letrada pueden ser extrapolados. En su libro clásico, Ángel Rama no solo suscribe una historia de la cultura y una cierta figura del intelectual latinoamericano, sino que también establece un imaginario que liga poder y saber a un cierto espacio. Ese espacio es el que intentaremos analizar suponiendo que las mutaciones de la tecnología han terminado por redefinir el paradigma de las relaciones en el campo cultural. El modelo propuesto, además de ilustrar, también permite suponer una orgánica, un cuerpo social donde la cultura se produce, instrumentaliza y expande.

Así, para empezar, valga la explicación de que en el libro de Ángel Rama la relación de la ciudad con la palabra se mueve desde un sentido tecnológico hacia uno ideológico. La palabra se entiende como la representación de un macrorrelato que se instala en todo nivel. Una sustitución que en su momento de instalación es comprendida como un desplazamiento de lo oral hacia lo escrito. Mientras el plano damero desplaza a la geografía sagrada previa, la letra termina imponiendo y ejecutando un orden porque, aunque “se siguió aplicando un ritual impregnado de magia

para asegurar la posesión del suelo, las ordenanzas reclamaron la participación de un *script* (en cualquiera de sus divergentes expresiones: un escribano, un escribiente o incluso un escritor) para redactar una escritura. A ésta se confería un rol que se reservó siempre a los escribanos: dar fe, una fe que sólo podía proceder de la palabra escrita [...] Esta palabra escrita viviría en América como la única valedera, en oposición a la palabra hablada que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario”¹.

La secuencia posterior refiere al viaje que autonomiza a la palabra y al escribiente del poder central y a los diálogos históricos que ambos entablan con la ciudad. La relación con la misma es entonces una relación que implica cambios ideológicos y tecnológicos con respecto a la ciudad y la palabra, una instalación que terminó en la cultura del libro como ejemplificación más obvia de los vaivenes producidos en el viaje. Las intenciones de autonomía del Chile en proceso de emancipación tienen su ejemplo más obvio en la llegada de la imprenta en 1811, “de esta imprenta saldrían el primer periódico y el primer libro impresos en Chile, y también los primeros decretos sobre libertad de prensa expendidos en el país”².

Bernardo Subercaseaux la describe como “la máquina de la felicidad”, porque la relación entre la implementación de cierto poder (la larga cadena histórica que iba a llevar al Estado nacional) iba ligada directamente a la conceptualización de los saberes que lo justificaban, las ideologías que lo sostenían y las maneras de pensar el campo cultural que quería instrumentalizar: “el calificativo de ‘ilustrado’ [...] no debe entenderse como adjetivo sino como sustantivo. No como sinónimo de ‘sabio’ o ‘aficionado al saber’ sino como sinónimo más o menos coherente de comprensión del mundo”³. Para esos efectos la historia del libro es también una historia de la cultura en Chile, que se comprende en una dicotomía respecto al objeto estudiado, ejemplificada en la distinción entre alma y cuerpo, que exige un enfoque “que tenga en cuenta tanto los paradigmas socioculturales que han permeado la realidad y la valoración social del libro, como también las características que ha tenido en el pasado la actividad editorial en su ciclo de producción, distribución, circulación y consumo”⁴.

La relación entre palabra y poder queda así establecida más allá de la abstracción. Las imbricaciones de ambas partes son lo suficientemente complejas como para dar cuenta de ellas en un espacio tan reducido.

Entre nosotros, en un pasado más o menos reciente, en la época de la Unidad Popular, la ciudad letrada democratizó la palabra en un esfuerzo obvio de repensar la misma. “Quimantú hizo disponible a bajo costo un gran número de títulos de clásicos literarios que iban de 50.000 a 100.000 copias [...]. En un país con menos de 10 millones de habitantes una sola serie de clásicos literarios llegó a vender 3.6 millones de ejemplares en un año, fenómeno inédito en América Latina, quizás con la sola excepción de Cuba”⁵. Lo que queda ahora de eso es simplemente una noción utópica,

emparentada con la imposibilidad de creer en las cifras y más aún, cercana al realismo mágico, el constructo *for export* predilecto del *boom*. Los militares y la *revolución silenciosa* que trajeron consigo acabaron con el proyecto y lo que es peor, lo desmembraron para anular su memoria, instrumentalizar sus partes, diseñando una ciudad letrada que se instalaba sobre la base del autoritarismo. Un lugar donde la palabra era una moneda de cambio peligrosa y donde la censura y la autocrítica a los lenguajes –anteriores– derivó en enmascaramiento, alegorías y repliegues con la posterior separación mediática entre la cultura popular y la letrada; y luego, en el primer advenimiento de la democracia, un *miniboom* criollo que instalaba a los grandes *trust* editoriales en Chile con las consiguientes políticas de *marketing* sobre el objeto literario.

Pero la ciudad letrada terminó siendo hipertextualizada por el signo –o sino– de los tiempos. No solo nos encontramos hoy frente a la teorización de una escena cultural que pone en jaque ciertos supuestos anteriores respecto a las formas de entender la relación entre cultura, poder y escenarios ciudadanos, sino que la creación/acomodación de los imaginarios y los escenarios de producción crítica hay que ir a buscarla en el replanteo de una ciudadanía inmersa en los espacios de la urbe nueva.

La relación de esta nueva ciudad con la “ciudad letrada” es casi fantasmal. La imagen de Rama, que permitía ejemplificar las relaciones entre poder y cultura, ha sido trizada, fragmentada y violentada en la medida en que el mismo Estado/nación ha sido desmantelado, vendido y reubicado por el ascenso de las políticas neoliberales. En el caso chileno, que estas políticas hayan sido inauguradas por la dictadura no deja de ser accesorio: una “revolución silenciosa” más cercana a una teoría de la conspiración (si pensamos en la mirada de Gabriel Salazar) y donde el papel del intelectual y la crítica han sido disminuidos, desperfilados y frivolidados. Una idea que está esbozada con cierto cuño apocalíptico.

Para efectos masivos, la palabra fue reemplazada por la imagen, una imagen que no contaba con la sacralidad que imponía el viejo rito común de sentarse en una sala de cine, sino por la velocidad del *zapping* televisivo y en el medio la ciudad transformada en un espacio donde la relación entre presente y pasado se definía por el acceso a ciertas tecnologías comunicacionales. El sillón de terciopelo que Cortázar fetichizaba como el origen de su teoría del lector ha sido cambiado por la idea de un tipo a oscuras iluminado, *on line, naked in front of the computer*⁶. Los grandes salones de la burocracia estatal cambiados por cubículos separados, temperaturas perfectas, con la misma luz todo el día. Microsiervos, según la expresión de Douglas Coupland⁷. Nos encontramos ante una nueva imaginería que queda clara, por ejemplo, en los textos de Pedro Lemebel, que somatiza –desde la lectura simbólica de la plaga del SIDA– los arquetipos del nuevo Chile construido.

Los efectos son la desterritorialización de un espacio signado por la identidad nacional –fenómeno por cierto global– y afecta a la relación centro-periferia, que

al ámbito del análisis literario. Luego de recordar y descartar, por sesgadas, las críticas más acerbas a los planteamientos de Rama, la autora reconstruye las grandes líneas de su trayectoria intelectual, estableciendo una clara distinción entre los dos períodos que separan la apropiación de la categoría de transculturación. Al primer período corresponde ante todo el trabajo de Rama sobre *Darío y el Modernismo*, que permanecería tributario de una concepción lineal del proceso de la literatura, establecería correspondencias mecánicas entre la modernización socioeconómica y el modernismo literario, y concibiera el anhelo de “autonomía literaria” como el alcance, cuando no la superación, de los modelos metropolitanos más prestigiados. Estas limitaciones de los enfoques iniciales de la crítica social de la literatura latinoamericana emprendida por el uruguayo tendrían su origen en la llamada “teoría de la dependencia” y en el trasfondo desarrollista que la nutría. Con todo, en estos primeros planteamientos encuentra la autora el punto de partida para la superación de los enfoques estrictamente nacionales o nacionalistas, dada la aparición en el pensamiento de Rama de una perspectiva “continental” que habría de desembocar luego en un afán de “latinoamericanización” de la crítica literaria y cultural; en el cuestionamiento de la supuesta universalidad de modelos teóricos importados y elaborados en función de otras literaturas y otros procesos culturales; y en la búsqueda de una “autonomía crítica” abocada al desentrañamiento de la especificidad y originalidad de las literaturas del subcontinente americano. Con todo, es preciso señalar que, para Rama, este mismo “afán autonomista” nunca dejará de inscribirse dentro de un proyecto “modernizador”, del que se trataría entonces de desentrañar las características propias.

En esta perspectiva, la categoría de transculturación viene a desempeñar un papel de primer orden. Con base en el reconocimiento de las disparidades internas y regionales del proceso de modernización de los diferentes países del subcontinente, puestas de manifiesto por los posteriores desarrollos de la sociología latinoamericana, la noción de “transculturación” busca dar cuenta de la articulación –y ya no tan solo de la yuxtaposición o la superposición– de espacios y tiempos socioculturales sumamente heterogéneos, sean éstos internos o externos. Al oponerse a otras nociones como las de aculturación o deculturación que refutara en su momento Fernando Ortiz, la introducción de esta nueva categoría en el pensamiento de Rama deja atrás la supuesta subordinación pasiva a los modelos hegemónicos –o el afán por alcanzarlos–, que marcaba sus primeros trabajos. Pero tiene también otras derivaciones, de suma importancia, no solo para la relectura de muchos textos –como la que hiciera el propio Rama de *Los ríos profundos* de José María Arguedas–, sino también para la reconfiguración del corpus de la literatura latinoamericana.

En efecto, al reinsertar en, y recuperar para la modernidad –la literaria al menos– los espacios, los tiempos y las formas culturales que hasta entonces se seguían considerando “bárbaros” o “atrasados” por permanecer alejados de los modernos

altamente tecnologizada rompe con varios de los supuestos que están detrás de la cultura de la modernidad, del libro y de la cultura de la imprenta”¹⁰.

Los vínculos de la ciudad letrada con la hipertextualizada son tenues pero importantes. La ciudad hipertextualizada reemplaza a la letrada en la medida en que propone modalidades nuevas de intercambio cultural, además de hibridar las existentes. “Plasticidad neuronal”, lo llama Jesús Martín Barbero, a la hora de explicar los cambios en el paradigma del proceso de adaptación de los jóvenes a la tecnología y la posterior fetichización de la misma en aras de una concepción nueva del cuerpo social. Señala que “más que un conjunto de nuevos aparatos, de maravillosas máquinas, la comunicación designa hoy un nuevo *sensorium*, nuevos modos de percibir, de sentir y relacionarse con el tiempo y el espacio, nuevas maneras de re-conocerse y de juntarse [...] Se trata de una generación cuya empatía con la cultura tecnológica está hecha no sólo de facilidad para relacionarse con los aparatos audiovisuales e informáticos sino de complicidad cognitiva con sus lenguajes, fragmentaciones e hibridajes”¹¹.

La ciudad, que ha dejado de leerse hace tiempo en la dicotomía centro/periferia, tiene en el hipertexto una estructura *ad hoc* al nuevo milenio para proponer una noción que defina la relación entre saber y poder. Esto porque el hipertexto puede ser leído desde dos ópticas. La primera es la meramente tecnológica, que está asociada a la utopía cientificista que lo interpreta sobre la base de modalidades de procesamiento, almacenamiento y distribución de la información. Esto puede rastrearse desde la ruptura de la matriz lineal en los enciclopedistas del XVIII, seguida por la propuesta del Memex de Vannevar Bush en los años cuarenta hasta que Tedd Nelson acuñara el término a fines de los años sesenta. Las palabras de Nelson sobre su trabajo son decidoras: “I build paradigms. I work on complex ideas and make up words for them. It is the only way”. En esta lectura, la sociedad de la comunicación está ya hipertextualizada sobre la base de la *World Wide Web* y las posibilidades que otorga el lenguaje HTML a la hora de interconectar –“linkear”– la información.

La segunda noción es un poco más compleja y tiene que ver con el replanteamiento de la noción de texto y la cultura del libro desde el campo de la filosofía. Una crítica que tiene como objetivo minar los campos de la razón occidental iluminada y la modernidad que ella ha construido. Según Bruno de Vecchi “en los años sesenta Roland Barthes, Gilles Deleuze y Felix Guattari, Jaques Derrida y otros teorizaban, cada cual a su modo y con sus matices, sobre la necesidad de contar con un nuevo tipo de texto abierto, multilineal, sin centro, múltiple [...] Derrida, quien constantemente habla de vínculos (*liassons*) cuestiona la linealidad, el que un texto cualquiera tenga una significación fija y verdadera, sostiene que el lenguaje es autónomo con respecto a las intenciones del hablante y pone en jaque la idea de que podemos comunicarnos de forma inequívoca a través del texto. Deleuze y Guattari, por su parte, se lanzan contra el pensamiento lineal y el pensamiento binario y hablan con

